



Para no evitarle a la casta Clío contactos demasiado ardientes

PATRICIA FUNES (UBA/CONICET)
9 DE JULIO DE 2025

La escritura de la historia es un oficio. Hay muchas otras formas de desandar los ayeres porque afortunadamente nadie tiene “el monopolio legítimo” de la representación del pasado. Por supuesto su profesionalización abre un acumulado de capas procedimentales y de sentidos desde la antigüedad clásica hasta hoy. Heródoto la nombró con esa palabra ascética “historia” que aún conserva: silencia a los dioses y viaja, mira, escucha, interroga, es decir investiga, humanamente sobre los hombres, consciente que ese saber humano es siempre inacabado.

Sin embargo, el estatuto de los estudios históricos se disciplina en el siglo XIX. Con ethos positivistas concatenaba documentos y objetividades enhebradas a causalidades

para narrar aquello que “realmente” ocurrió. La historia no tiene “logos” en su desinencia, pero imanta hacia otros lugares: la ejemplaridad, por caso. Clío (su musa inspiradora clásica) significa “la proclamadora”. En ocasiones se la muestra con una trompeta, sus documentos y una clepsidra, herramienta para robarle tiempo al pasado ¿Para qué? para crearle una nación al Estado o despertar a la bella durmiente con fuentes fidedignas, el borramiento del historiador, y protocolos críticos, marcas que también viajarían con sus universales colonizadores. Algo paradójicamente, en nuestra América siguió el mismo derrotero, pero esa historia construyó la nación no a partir de su pasado sino contra él. Nada del pasado originario ni colonial merecería la pena ser narrado. La Historia se llenó de mayúsculas y hombres célebres tallados con palabras tan contundentes como los bronce de las estatuas ecuestres. Probablemente nunca la historia haya sido más política (en al menos dos sentidos) y nunca tan eficaz como forjadora de identidades desde el poder, con sus inclusiones y exclusiones. Esa fundación la pone en una línea de combate.

De la reacción a esos preceptos positivistas y su superación en un movimiento intelectual, que excedía pero que impactaba decisivamente en la historia, la Escuela de los Annales y el marxismo inglés produjeron una suerte de big bang: lo social-polifónico, la economía, las estructuras, el espacio y el tiempo reconsiderados, el diálogo con otras disciplinas, la ampliación de la idea de archivo, la memoria y el testimonio. Se estiraron “esas voces que nos vienen del pasado”, con conceptos, métodos, sujetos y predicados, escalas y también una escritura que no resigna afectos ni politicidades.

Siempre regreso a ese libro sabio de Marc Bloch. Menos en términos de “apología” y más en términos de significados del oficio, por ejemplo, las temporalidades y las historicidades “el plasma mismo en que se bañan los fenómenos y algo así como el lugar de su inteligibilidad”. Allí en potencia está el diástole y sístole del corazón de la historia: continuidades y rupturas. También, entre Cronos (ese tiempo previsible, secuencial, medible) y el caprichoso Kairós: un lapso de tiempo, un momento indeterminado en que todo sucede y que tiene la potencia de lo impredecible. Y para fundamentar, por ejemplo, la legitimidad de hacer historia de tiempos cercanos a los nuestros, y aún viva en las memorias de muertos y desaparecidos y en la transmisión de los sobrevivientes ante provinciales dictaminadores: “que los hechos más cercanos a nosotros son rebeldes a todo estudio sereno [y], solo desean evitar a la casta Clío contactos demasiado ardientes”. Disculpen el

símil, pero en “nuestra” experiencia como investigadores y educadores, quizá seamos un poco los “Salieris de Bloch”, porque allí hay una música que suena a afinidades electivas.

¿Para qué? ¿Por qué? Porque estira y densifica un presente cada vez más famélico y volátil que nos vuelve a merced de vientos huracanados que parecen eternos e inmutables sin el ancla creativa y sin nostalgias de un pasado en el que esas tormentas parecían eternas e inmutables. Y siempre hubo algo nuevo bajo el sol en el futuro del pasado y eso es experiencial, no ejemplar: ilumina horizontes de posibilidades. Dialogar con el pasado despierta contingencias, curiosidades e ilusiones que nos vuelven más humanos. Quizá, también, para estar menos solos colectivamente, si somos capaces críticamente de no evitarle a la casta Clío contactos demasiado ardientes.